



INTRODUCCIÓN
A LA CIENCIA

José Luis Rodríguez Udiás

INTRODUCCIÓN
A LA CIENCIA



Primera edición: noviembre de 2023

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© José Luis Rodríguez Udiás

ISBN: 978-84-10082-24-3

ISBN digital: 978-84-10082-25-0

Depósito legal: M-33118-2023

Editorial Adarve

C/ Luis Vives 9

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*A mi buena compañera Virginia y
a mi hijo Christian*

SINOPSIS

Tras la muerte de su mujer, John Sinclair queda desolado, sin voluntad de continuar con su trabajo de profesor y con su vida habitual en la ciudad. Piensa en dejarlo todo, vender la casa y mudarse a un lugar solitario.

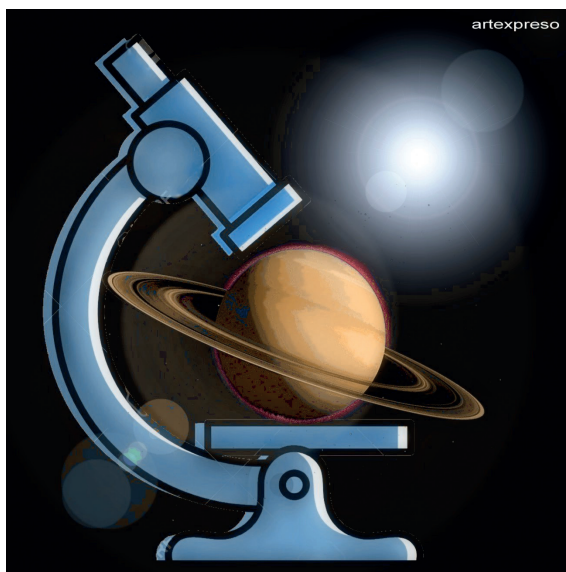
Se decide finalmente por comprar una antigua casa medio abandonada cerca de un pequeño pueblo. Un pintoresco pueblo junto a un río donde ya había estado con su adorada mujer en épocas pasadas y del que tenía gratos recuerdos.

La nueva casa requiere algunas reparaciones, pero a John eso no le importa... Así distraerá sus tristes pensamientos.

Un día en que realiza una labor de limpieza en un viejo cobertizo junto al jardín, encuentra un pequeño objeto... Un objeto, perdido quizás muchos años atrás, con muy extraordinarias propiedades.

Un objeto maravilloso que cambiará su forma de pensar, cambiará su concepción de las cosas y cambiará su vida.

INTRODUCCIÓN A LA CIENCIA (AEXIA)



«Nuestra inteligencia es una trampa».

JL



A todas las Melanies

PRÓLOGO

Conocí a José Luis, Udi, como le llamábamos, en 1978, tendríamos entre diecisiete o dieciocho años, recuerdo las salidas de bares, las rondas nocturnas, las típicas discotecas de la época donde ponían «la música lenta» y los chicos salíamos desesperados a ver si alguna chica quería bailar... qué tiempos aquellos, ingenuos pero preciosos.

Nuestras salidas sin conocimiento del peligro en coche con grupos de amigos a los pueblos cercanos, a la movida madrileña, o más lejos, a la playa o de acampada por cualquier lugar... la vida bohemia, y recuerdo que siempre llevaba un radiocasete a pilas por todas partes.

Gustaba de inventar cosas, me viene a la cabeza una guitarra eléctrica que se diseñó y fabricó él mismo, recuerdo el pequeño laboratorio de fotografía que tenía en el sótano de su casa. Recuerdo también las reuniones y fiestas veraniegas en el enorme chalé con jardín y piscina cuando sus padres no estaban.

Él estudiaba en la universidad, un poco pijo que era, mientras yo ya me dejaba los cuernos trabajando, pero fuimos, y somos, muy buenos amigos... A principios de los años 2000 le perdí la pista, aunque me enteré más tarde que había emigrado a Brasil. Nos vimos la última vez en 2018, que vino unos meses a España. El mes pasado me envió su historia, él sabe que yo gusto mucho de leer, y me pidió su opinión. Lo leí y, sinceramente, me gustó, yo ya había leído años antes una curiosa biografía suya donde contaba muchas cosas de su vida.

No quedando satisfecho, me indagó más, quería una opinión más crítica y más extensa que un simple «me gustó» y me pidió que le escribiera una especie de prólogo, y así lo he hecho.

Lo primero que se me ocurrió al terminar de leer fue que sobre todo las mujeres gustarían de la historia, e incluso se reírían abiertamente en algunos de sus párrafos.

La descripción, la simple y mágica explicación del universo me encantó.

Esta historia me parece un magnífico ‘divertimento’, pero hay mucho más, una crítica social junto a una visión simplificada de un mundo que quizás no sea tan complejo como parece ser.

Contiene romanticismo, contiene misterio, contiene ironía. Al igual que ese lejano mundo que imagina parece que baila con la fantasía del texto.

Invita a la reflexión y siembra dudas sobre cuestiones que parecen tan simples y evidentes.

Y un sorprendente final que lo redondea todo.

Hablaría mucho más, pero creo que así es suficiente.

F. F. A. Guadalajara, julio de 2022.

INTRODUCCIÓN

«No soy escritor», comienzo con esta sencilla frase de primer curso de gramática, primero porque me resulta divertida, segundo porque me sirve de coartada para mis erráticos desafíos literarios y tercero, y principal, porque es la verdad... definirme a mí mismo como escritor me da algo de vergüenza y pudor... cosa que mucha gente no tiene y así te encuentras a cantidad de individuos que dicen sin ningún miramiento: «Soy escritor», «Soy poeta», «Soy filósofo»... o mucho peor aún: «Soy abogado...», o el colmo ya «Soy influenciador digital», sea eso lo que signifique... La arrogancia humana, tema central de esta historia, no conoce límites...

Comprendo que nos tenemos que poner etiquetas para facilitar la comprensión de las cosas, pero se puede ser más sutil... Utilizar el verbo *SER* me parece un exceso, excepto que se utilice con ironía...

Así que prefiero decir: «Que yo, a veces, *escribo* cosas...»*

*Si alguien se llevó las manos a la cabeza, será mejor que no siga leyendo... La *palavra* no está equivocada, yo vivo en Brasil, es tan solo una licencia literaria.

Escribí *escribir* en una mezcla de portugués, bello idioma pero que siempre cambia unas letras con otras... mi mente abstracta y a veces confusa siempre tuvo un conflicto enojoso con las bes y las uves... y las confundo continuamente.

Deseo hacer también varias indicaciones. Por un lado, sé que esta introducción no será la forma más adecuada para captar lectores o

adeptos... y menos aún editores... Más bien lo contrario, pues no pretendo alagar, confraternizar o seguir el rollo a nadie... para mí, esta actitud en apariencia ilógica forma parte de la diversión y del juego.

La narración estará, además, en estado bruto, sin pulir, como los diamantes en la roca. El que la lea tendrá que rascar un poco para comprender el trasfondo real... lo que hay por debajo de las palabras... y, si no lo desea hacer, pues que coja otro libro... Recuerdo uno de un siquiatra mejicano que leí hace poco, en portugués, porque me cayó encima mal recomendado por alguien... uno de esos libros de autoayuda que en verdad al único que ayudan es al que lo escribe... Lo leí entero para cerciorarme hasta dónde llegaba... no me decepcionó... En ese libro el siquiatra que no voy a mencionar sicoanaliza a Jesucristo y se queda tan ancho... Y eso sí, su cuenta corriente más llena porque al parecer se vendió bien... la gente lo compró en masa y la editorial se debió frotar las manos... pero bueno, nada se puede hacer al respecto... si la gente se deja engañar de esta manera tan tonta, es inútil luchar contra ella...

Así que mi texto, que no sicoanaliza a nadie ni pretende ayudar o influenciar a nadie, probablemente tendrá fallos de sintaxis o errores gramaticales de todo tipo y, aunque intentaré escribir en tercera persona, es fácil que me líe con la primera y las mezcle...

Escribir, tanto con *b* como con *v*, supone un gran esfuerzo intelectual para mí, si me concentrase en la ortografía perdería de vista la esencia... me extraviaría y desistiría... Prefiero pues cuidar de la esencia y dejar de lado las cosas más superfluas.

Abuso hasta el absurdo de los puntos suspensivos... es para dar un *flow* a la narración... dejar las cosas un poco en duda, solo sugeridas, suspendidas, para posibles segundas interpretaciones o lecturas entre líneas, además no me gustan las opiniones agudas y férreas, eso será válido para los textos jurídicos, imagino que dictar una sentencia con puntos suspensivos provocaría una inseguridad jurídica no deseable..., pero en mis textos el *flow* da un cierto desenfoco, una suavidad, una elasticidad al lenguaje que para mí es fundamental... ¡¡y qué c...!! No sé escribir de otra manera.

Por otro lado, casi nunca pongo acentos por lo ya dicho y porque mi viejo computador tiende a bloquearse... solo en casos muy determinados... me aburren, me molestan y me descentran... además, algunos los pondría mal, así que prefiero pecar por omisión que por acción. Y tampoco haré correcciones, excepto sobre la marcha... soy algo perezoso, mi mejor virtud, y tampoco me gusta releer lo escrito... me deprime hacerlo... mi seguridad en mí mismo es mínima, así que sentiría ganas de borrarlo, quemarlo si fuera papel, dedicar mi tiempo sin valor a otra cosa... así que el texto contendrá gran cantidad de erratas de todo tipo... como las alfombras persas, el defecto añade valor... nada, además, que una mediana inteligencia artificial no pueda remediar con dos clics... aunque, ahora que lo pienso, mejor no, quizás el texto contenga algún mensaje oculto precisamente camuflado entre esas supuestas erratas... No porque yo lo haga a propósito, misión realmente absurda y complicada, sino porque Dios o el puro azar tomen cuenta de mi subconsciente y escriba algún misterioso mensaje subliminal en mi lugar.

Y ahora, mientras pienso en cómo continuar, sentado en el suelo en la posición del loto como es mi costumbre, contemplo abstraído las volutas de humo de mi cigarro encendido... pienso que la literatura, las *palavras*, son como ese humo... Elásticas, etéreas, esponjosas... cualquier texto es susceptible de ser estirado como una goma... estirado... estirado... estirado...

La tarde es soleada y las cortinas de la ventana están cerradas dejando tan solo una fina franja en el centro por donde entra un brillante rayo de luz... En una atmósfera pura no habría nada que contemplar, pero el humo al atravesarlo lo ilumina, resaltando su presencia y creando un fantástico mundo de caprichosas formas. Doy otra profunda calada y a continuación dejo escapar el humo lentamente junto a la franja iluminada... Y, así, una y otra vez. Las sinuosas volutas de humo gris realizan ante mis ojos una danza perfecta...

La contaminación del aire produce la belleza. Quizás ocurra lo mismo con las palabras...

La historia que voy a intentar relatar la comencé a imaginar hace más de dos años... Intento recordar... Un día tocaba distraídamente algo de *blues* con mi guitarra Fender Stratocaster de imitación, medio tumbado en un colchón tirado sobre un suelo de madera, tenía puesta la enorme pantalla de TV en estado *mute* donde pasaban sin parar anuncios de coches, bragas, bancos, teléfonos, detergentes, desodorantes, Coca-Colas... cosas así... A mi lado había una gran cacerola que había dejado olvidada después de comer... y así estaba cuando el *blues*, las bragas de encaje y las cacerolas de metal se fundieron de alguna forma en mi pensamiento...

Y así me surgió la idea... un boceto, un trazo... nada más..., pero suficiente para, a partir de ahí, ir elaborándola... Si salía de casa a caminar, me iba con la idea dando vueltas por mi cabeza... en la piscina... en el bar... en el baño... en la cama... la idea, un tanto peregrina, giraba como una peonza en mi cabeza...

«¿Y por qué no...?», me preguntaba dudando como hago siempre...

Solo que no veía la forma adecuada de afrontarla... Se pasaron varios meses más hasta que di con ella. La solución la tenía muy cerca, en las palmas de mis manos... Y así, poco a poco, mi pensamiento fue dando una forma concreta a la historia...

Pero, siendo fiel a la máxima «deja para mañana lo que no te apetezca hacer hoy»..., pues pasó otro año... hasta que ayer, día de mi cumpleaños, me puse delante de mi viejo ordenador, todo infectado de virus, para tratar de contarla.

Como no me considero el único dueño de mi pensamiento, lo confiaré a las musas e intentaré crear unos personajes que de alguna forma cobren vida y me indiquen el mejor camino para terminarla.

Desde niño me persiguió una duda, la mayor duda que se pueda tener... «¿Lo que veo a mi alrededor, lo que toco, lo que escucho, lo que siento, está fuera o dentro de mí?». Porque, si así fuera, nada existiría... ni yo mismo... y entonces, para qué escribir una historia que nadie va a poder leer... Para qué enviar un mensaje para nadie...